

Un Militante de la Vida

Exclusivo en México para
El Día

por Mario BENEDETTI

BUENOS AIRES, 7 de

enero (IPS).—En la narra-

tiva de todos los tiempos,

latitudes y lenguas, siempre

ha habido una importante

franja reservada a la aven-

tura. La aventura incorpora

riesgos, rumbos y paisajes

que para cualquier lector no

anquilosado significan una

refrescante e higiénica gim-

nasia de la atención y de la

expectativa. De ahí que ni-

ños y adolescentes, con sus

esperanzas aún no defraudadas,

con su confianza invicta,

sean los lectores ideales,

los más aptos receptores

de la narrativa aventurera.

Pero aun lectores adultos

y (en todo sentido) ma-

duros suelen aproximarse a

esos relatos, que con su vi-

talidad y su imaginación sir-

ven inmejorablemente para

sacudir rutinas y paliar

frustraciones de la vida coti-

diana."

Esto viene a propósito de

Mascaro, el cazador ame-

ricano, la reciente novela

del argentino Haroldo Conti,

que obtuvo en ese género

(con otra valiosa obra, **La**

canclón de nosotros, del

uruguayo Eduardo Galeano)

el Premio Casa de las Amé-

ricas 1975. No descarto que

algún entusiasta lector de

Conti considere que encasillar

a Mascaro en el rubro

"novela de aventuras" signi-

fique de alguna manera su-

bestimar su nivel. Pero, aca-

so no son en esencia nove-

las de aventuras, obras tan

magnas como **Don Quijote,**

Ulises, El tambor de hoja-

lata y Cien años de soledad.

No obstante, conviene aclarar

que Mascaro no es "sólo"

eso. Hasta me atrevería a

decir que la "aventura" es

allí casi un pretexto alegó-

rico para expresar y suge-

rir otras preocupaciones,

convicciones y esperanzas.

Es claro que si éstas crecen

y se afirman simultáneamente

en autor y lector, ello se debe

en gran parte a que el "pretexto"

ha sido construido con un ejemplar

rigor narrativo y una vocación

de entretenimiento que pocas

veces se encuentra en la

novela latinoamericana.

Para hallar una obra artísti-

ca en cierto modo afín a la

de Conti, quizá habría que

retroceder hasta un filme:

La Strada, de Fellini. Y no sólo

por la obvia presencia del

circo ambulante, sino sobre

todo por la dignificación de

los sentimientos populares

(aun aquellos que lindan con

la cursilería), presente en

ambas obras.

Pero si Fellini, en su marco

italiano, recurría a una

galería de personajes y si-

tuciones que constituían

algo así como un "delirio de

pobrezas", Conti construye

un delirio semejante en la

vasta planicie del subdesar-

rollo latinoamericano. Cual-

quier lector medianamente

familiarizado con la geografía

o la historia continentales,

hallará en alguno, o en varios,

de los pasajes de la novela,

nombres de lugares o personas

que la memoria y las vivencias

de Conti han extraído de algún

país en particular para asi-

milarlas al gran fresco de la

realidad latinoamericana.

Los personajes de Mascaro

pueden a veces parecer

fantásticos, pero ello no signi-

fica que sean inverosímiles;

tal vez sólo sean modestamente

libres, y padezcan por ello

menos inhibiciones que los

personajes de la realidad. Uno

tiene la impresión de que el

príncipe Patagón, Oreste,

el enano Perinola, el enigmático

Mascaro, el Nunjo, Carpofo-

ro, la monumental señora

Sonia y hasta el desvencijado

león Budinetto, de alguna

manera han encontrado la

clave para vivir plenamente

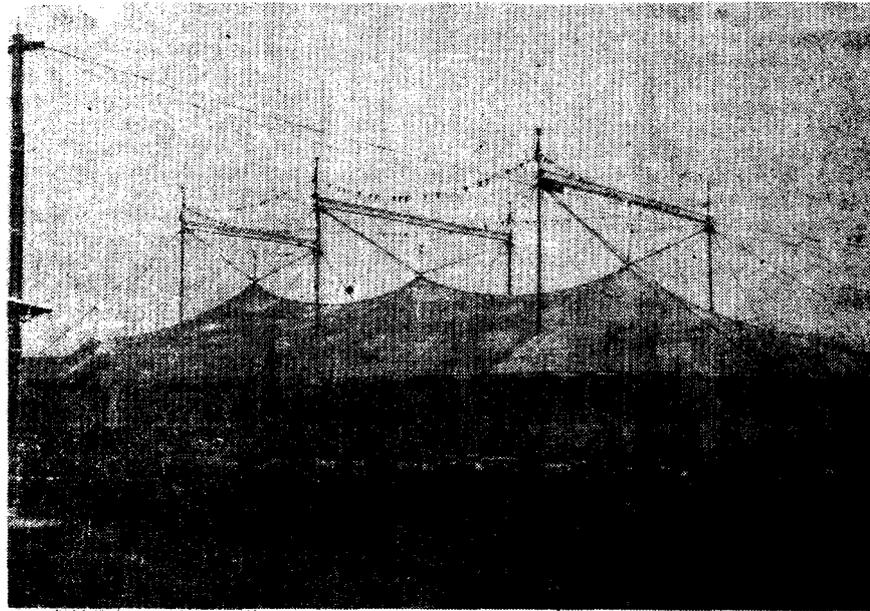
su mejor realidad posible,

desprendiéndola de los muchos

simulacros y variadas tenta-

ciones que la acechan e in-

tentan desvirtuirla.



... el Gran Circo del Arca... va despertando de a poco el celo represivo de los "rurales" ...

caro, el Nunjo, Carpofo, la monumental señora Sonia y hasta el desvencijado león Budinetto, de alguna manera han encontrado la clave para vivir plenamente su mejor realidad posible, desprendiéndola de los muchos simulacros y variadas tentaciones que la acechan e intentan desvirtuirla.

Acaso no sea Mascaro una novela con mensaje explícito; incluye en cambio una nutrida serie de mensajes secretos, casi clandestinos, que no tienen por qué ser los mismos para cada lector. Uno de esos mensajes cifrados que por lo menos a mí como lector me ha transmitido, expresa que para cada ser humano hay siempre una "libertad posible", una libertad que por supuesto no siempre coincide con la imponente libertad abstracta que suele figurar en la oratoria de los serviles, los hipócritas, los opresores y los verdugos. Los personajes de Conti conocen los límites

de su libertad particular pero también saben aprovecharlos al máximo. Y saben además de qué modo integrarse en un concepto de libertad mayor, a fin de que cada libertad particular no entre en colisión (o en malentendido) con las de sus vecinos.

Quizá sirva para explicar esa actitud el insólito currículum del autor, que en sus cincuenta años ha sido (además de escritor): seminarista y bancario, pescador y maestro, tripulante y constructor de veleros, estudiante de filosofía y camionero, piloto civil y cineasta. Cada oficio enseña un modo de ver el horizonte, y también una variante de ser libre. Quizá por eso el Gran Circo del Arca, que, al ir de pueblo en pueblo, sólo propone a sus habitantes una aparente magia que acaso sea una realidad apenas prolongada, va despertando de a poco el celo represivo de los "rurales", y cuando las paredes empiezan a cubrirse de "bandos" que señalan y acusan

a Mascaró, todos y cada uno de los integrantes del circo pasan a ser los "alias" del "buscado".

"Quiere decir que en cierta forma hemos estado conspirando todo este tiempo —dice Oreste, más bien divertido—. Y el príncipe contesta: "En cierta forma no. En todo. El arte es una entera conspiración. ¿Acaso no lo sabes? Es su más fuerte atractivo, su más alta misión. Rumbea adelante, madrugón del sujeto humano". Y es aproximadamente cierto. Con su humor rampante, con su alcanzable desmesura, con su alegría de vivir, con su propuesta de riesgo, el Gran Circo del Arca (y, por extensión, el libro entero) siembra, acaso sin proponérselo, una voluntad de cambio, profunda y sacudidora. Al final el circo se deshace, o mejor dicho se descompone en sus múltiples rostros cotidianos, pero la voluntad de cambio permanece y germina, y en la última página, cuando Oreste da simbólicamente

por terminada la función, es probable que otra función empiece en el libre territorio del lector.

En su más honda verdad, **Mascaró** es una metáfora de la liberación, pero expresada sin retórica, narrada con fruición, atravesada de humor. Conti parece decirnos que, en América Latina al menos, las faenas liberadoras no tienen por qué enquistarse en la grandilocuencia de los viejos himnos, en el maniqueísmo de los discursos, en los esquemones pseudoprogramáticos. En la parábola de **Mascaró** campea un gusto por la vida, una espléndida gana de reír, como si quisiera indicarnos que las instancias liberadoras no son palabras ni posturas resacas, sino actitudes naturales, flexibles, creadoras; y son dinamismo y esa alegre voluntad de participación, las que casi inadvertidamente posibilitan la integración de Mascaró, el jinete de misterioso y obvio compromiso, que se incorpora a la última etapa del circo, parapetando su condición real detrás de la ficción popular. Mascaró se enmascara; el arte lo protege sin reproche, lo acompaña sin pedirle cuentas, lo admira sin decirlo. El príncipe Patagón, para quien el circo constituía un moderado paraíso, no vacila en desbaratarlo en beneficio y protección del insurrecto, en tanto que Oreste, aprehendido y torturado al fin por los "rurales", responde siempre sí a todas y cada una de las preguntas conminatorias, y es detrás de esa gran afirmación que protege a los suyos. Oreste es aquí un hombre de transición. Y si el autor nombra a su personaje como Mascaró "alias La Vida", este Oreste, alias Conti, termina siendo un militante de la vida.